When We Don't Know, We Pray

While blessing the cemeteries this week, a parishioner asked me a thoughtful question: "*Father, if I pray for someone and they are already in Heaven, what happens to those prayers*?"

The Church teaches with certainty that our prayers and suffrages help the souls in Purgatory. But what if the person has already reached the glory of Heaven? St. Thomas Aquinas teaches that the saints in Heaven no longer need our suffrages because they have already attained their eternal reward. **Yet the Church has never taught that such prayers are wasted**. Rather, we entrust their fruits to God's wisdom and mercy.

This is why we should continue to pray for our beloved dead with confidence and perseverance. We should not stop praying because we think we received a reassuring sign, nor because we have offered many Masses, nor even because we attempted to gained an indulgence for them. The conditions for obtaining a plenary indulgence include **complete detachment from all sin, even venial sin**. While this is certainly possible by God's grace, it is a far higher spiritual disposition than most of us readily imagine, and we rarely possess absolute certainty that we have fulfilled it perfectly.

Therefore, our path is simple: **pray, offer Masses, gain indulgences, perform works of mercy, and leave the hidden workings of grace to God**. St. Faustina wrote: "**I obtained from God the grace that all the dying who would be exposed to this chaplet would receive mercy**" (Diary, 811). Likewise, St. John Chrysostom urged, "**Let us help and commemorate them. If Job's sons were purified by their father's sacrifice, why would we doubt that our offerings for the dead bring them some consolation**?"

Love never regrets praying too much. Until we have absolute certainty that a soul is in Heaven, let us continue to intercede, trusting that no prayer offered in charity is ever lost before God.

God Love You All,
Fr. Christopher Bernabe

Cuando No Sabemos, Oramos

Mientras bendecía los cementerios esta semana, un feligrés me hizo una pregunta muy profunda: *"Padre, si oro por alguien y esa persona ya está en el Cielo, ¿qué sucede con esas oraciones?"*

La Iglesia enseña con certeza que nuestras oraciones y sufragios ayudan a las almas que están en el Purgatorio. Pero, ¿qué sucede si esa persona ya ha llegado a la gloria del Cielo? Santo Tomás de Aquino enseña que los santos del Cielo ya no necesitan nuestros sufragios, porque ya han alcanzado su recompensa eterna. Sin embargo, la Iglesia nunca ha enseñado que **tales oraciones se pierdan o sean inútiles**. Más bien, confiamos sus frutos a la sabiduría y misericordia de Dios.

Por eso debemos seguir orando por nuestros difuntos queridos con confianza y perseverancia. No debemos dejar de orar porque creemos haber recibido una señal consoladora, ni porque hemos ofrecido muchas Misas por ellos, ni siquiera porque hemos procurado ganar una indulgencia para ellos. Las condiciones para obtener una indulgencia plenaria incluyen **el desapego completo de todo pecado, incluso del pecado venial**. Aunque esto es ciertamente posible con la gracia de Dios, requiere una disposición espiritual mucho más elevada de lo que solemos imaginar, y rara vez poseemos una certeza absoluta de haber cumplido esa condición de manera perfecta.

Por lo tanto, nuestro camino es sencillo: **orar, ofrecer Misas, ganar indulgencias, realizar obras de misericordia y dejar los misteriosos caminos de la gracia en las manos de Dios**. Santa Faustina escribió: "**Obtuve de Dios la gracia de que todos los moribundos que recen esta coronilla reciban misericordia**" (Diario, 811). Del mismo modo, San Juan Crisóstomo exhortaba: "**Ayudémoslos y hagamos memoria de ellos. Si los hijos de Job fueron purificados por el sacrificio de su padre, ¿por qué dudaríamos de que nuestras ofrendas por los difuntos les proporcionen algún consuelo**?"

El amor nunca se arrepiente de haber orado demasiado. Hasta que tengamos certeza absoluta de que un alma ya ha entrado en el Cielo, sigamos intercediendo por ella, confiando en que ninguna oración ofrecida con caridad se pierde jamás ante Dios.

¡Dios los bendiga a todos! **P. Christopher Bernabe**